

MIRADOR

Noche invernal

Andrés de Luna

► El invierno en algunas ciudades tiene la alquimia que borra el paisaje o le otorga los matices de la nieve. Albert Monier (1910) hizo propia esta consideración al captar una noche parisina de enero o febrero de la *Rue du Cloître-Notre Dame* (1953). El frío ha alejado a los paseantes y la calle es vereda solitaria. Unos cuantos automóviles estacionados son testigos de un instante que le otorga matices fantasmales a la catedral de Notre Dame, observada desde un ángulo que es un tanto extraño en las fotografías habituales. La majestad de la iglesia permanece, sólo que aquí la penumbra la hace resurgir entre un conjunto de árboles que le dan un contraste profundo a ese jardín que está detrás del templo medieval. Las luces de dos farolas son un estallido que lucha contra la pesadez de las sombras y el ambiente gélido que está en la fotografía. En la calle la nieve ha caído con ligereza, apenas una capa delgada que deja marcadas las huellas del paso de los automóviles. Ya se sabe que París apenas si es susceptible de prestarse a la incomodidad hermosa de los copos nevados. Tan es así que, por ejemplo, Claude Monet, tan cercano a los efectos invernales en el paisaje, nunca pintó a la capital francesa bajo el manto helado. Además, pocos son los cuadros de los impresionistas que dejaron testimonio de la presencia blanca en la Ciudad Lux.

En el lado derecho de la fotografía está un *café-brasserie* de los que abundan en París. Está abierto y esto lo delata la iluminación interior. Afuera las sillas vacías acumulan su desolación ante una noche en la que pocos desafían un clima que aleja a los clientes habituales o a los que llegan por primera vez. Algo de tristeza pudiera sugerir esa presencia tan marcada por lo sombrío. La estación que pone el punto final a un año tiene el sello de las reconsideraciones. Por esto, el invierno entraña los dones de lo que exige otro ritmo, en donde el espacio, al menos en apariencia, y el tiempo, en las brevedades del día, modifican su marcha. Monier deja que el edificio del fondo sea la revelación de lo que lucha para alcanzar algo semejante a lo eterno. Ahí fue donde el poeta y dramaturgo Paul Claudel admitió la hierofanía del catolicismo. Notre Dame se abre paso y

ni aun en ese mar espeso de oscuridades llega a desaparecer. Por el contrario, la aguja de una de sus torres está presente en un cielo que tiene cierta claridad, como si se invirtiera el efecto y las oscuridades se desplazaran de abajo hacia arriba y al llegar a cierta altura declinaran sus responsabilidades con lo umbrío. Monier además consiguió un negro perfecto en esos árboles despojados de hojas que son emblemáticos de la fuga que supone el invierno. El alto contraste es una prueba más de la categoría artística de la imagen. El jardín que asoma, de manera fragmentaria, está cercado. Otras luces permanecen apagadas en ese terreno que nadie habita en ese instante. Eso se sabe porque su entrada está cerrada y unos cuantos focos lo iluminan, aunque en realidad el detalle está perdido en medio de las generalizaciones que supone una toma abierta. Un autobús viejo ha quedado a un lado de la calle, el armatoste aguarda en esa noche que tiene la contundencia de una baja en la temperatura. Salir a la calle sería un error para la mayoría de los parisinos y por ello todo se ha vaciado. En el café las luces, paradojas aparte, impiden observar a aquellos que han desafiado las malas condiciones climáticas. Por otro lado, cuando la vista recorre el edificio en el que está instalado el café lo único que observamos es un reflejo en los cristales de un departamento en el primer piso; los demás moradores se han cerrado a piedra y lodo o han dejado la ciudad en busca del sol y las brisas marinas. También es posible, por el aspecto del edificio, más popular que lujoso, que sus habitantes deban trabajar y que estén dormidos. En este caso debe señalarse que la noche invernal trae las ambigüedades de la hora. En este momento se descubre que puede ser tarde, la madrugada quizá. Lo único que sostiene la duda es la pregunta de por qué un café mantiene abiertas sus puertas a una concurrencia un tanto hipotética. Otro aspecto importante es la sensación de cercanía de la posguerra. París vivió la clausura de la alegría por un buen número de años. ¿Quién podría mostrar una euforia excesiva cuando las acciones bélicas sembraron de muertos a la Francia de Sartre y de Simone de Beauvoir, de Picasso y de Braque? Esa desolación de la *Rue du Cloître-Notre Dame* es el eco de un tiempo aciago, que va más allá de la estación invernal y que contiene las melancolías de una herida que se niega a cerrarse. Tal vez la única realidad de la fotografía es la noche nevada y los hechos trágicos son un recuerdo inoportuno. La verdad es que cada imagen contiene su propia dosis de esperanza, de desazón o de nostalgia, aquí lo que está presente es la oscuridad y el frío, lo demás es huella de otras muchas cosas. ~